LA LUZ.

SEMANARIO

FILOSÓFICO-MORAL Y LITERARIO.

Filosofía moral es la ciencia que trata de la bondad y maldad de las acciones humanas, y esplica la naturaleza de las virtudes y vicios.

(Diccion. enc. de la Lengua española.)

En el último mes del año se publicará un índice de materias á fin de que se pueden encuadernar el primer tomo de La Luz.

—

Si algun señor Suscritor de Barcelona prefiere pasar á esta administracion con el fin de recoger el recibo, puede hacerlo por la mañana de diez á doce, y por la tarde de cuatro á seis.

SECCION DOCTRINAL.

EL AÑO 1861 SE VA.....

El dia primero del año 1861 fué recibido en el mundo entre la negrura del temor y las sonrisas de la esperanza moral y justa.

Los temores se han realizado. Las esperanzas viven aun. Benditas sean...

Los hombres de genio, los sabios y los

Segunda edicion.

aconsejadores de las naciones, sentados tal vez en mesa opípara entre el choque de las copas, entre las risas de los brindis, cantaron un himno al porvenir el dia de año nuevo. El mundo oyó quizás las carcajadas y las armonías y cantó su himno tambien. ¡Cuan diferente! Diz que se oyó resonar entonces en el aire el estrépito de un diluvio de lágrimas. ¡Ay de los ojos que no lloran y ay de los ojos que no lloran por lo que merece lágrimas!

Nosotros lloramos tambien.

Salimos á cruzar las calles de la ciudad en la hora de mayor tumulto; quisimos escuchar las conversaciones de la muchedumbre y eran generalmente mas vanas que la vanidad.

Modas, amor, interés, traicion, rencor, lujo, mentira, ambicion, ignorancia, orgullo, pedantismo, error, inmoralidad, escepticismo, estos eran los lemas de millares de conversaciones y el porvenir apenas ocupaba á ninguno. Las lágrimas asomaron á nuestros ojos, pero proseguimos en nuestra investigacion.

© Biblioteca Nacional de España

Amigos nos detuvieron en nuestro camino y nos hablaron de goces, placeres é ilusiones: no les contestamos. Les preguntamos sobre el porvenir, y con un sonrís sarcástico llenaron nuestros ojos de lágrimas. Ellos, los conocedores, los que dicen que no yerran, los que atrás no miran ni piensan en mañana, estaban sentados en el jardin de la tranquilidad. Un sol benéfico les alentaba con sus ardores; les hablamos de nieve, de escarchas, de yelos, tempestades de invierno, huracanes, horrores, de rios que salen de madre, de torrentes devastadores y cubriendo sus oidos con ambas manos, no oyeron los lamentos del que miraba con ojos ignorantes las tristezas del porvenir.

Vimos en nuestro camino hombres cuya pluma volaba sobre el papel como el águila por los aires. Nos detuvimos. Leimos sus escritos y solo pudimos ver cálculos filosóficos, frutos de imaginaciones exaltadas, romanticismo desatentado; clamores, suspiros y proyectos: les hablamos del porvenir y nos contestaron mirándonos con ceño hasta enemigo: «Vamos pasando, entretengamos al mundo, ilusionemos, riamos y que se rian.» Algunos escritores sesudos y profundamente morales lloraron al oir tales despropósitos y nosotros les acompañamos en su llanto.

El año 61 empezaba y creció y ha llegado ya á su término y dentro tres dias la campana avisará que se empieza otro año.

A Dios, año querido. Nuestros presentimientos se han cumplido; nuestros ojos aun están bañados en llanto. El porvenir aun está oscuro. Muchas víctimas claman. Muchos padres han muerto. Muchas madres ya no existen. Huérfanos mil forman un triste coro de lamentos. Amigos perdieron á sus amigos. Esposos y esposas llaman á sus consortes que ya no pueden responderles. Dentro muy pocas horas el año 61 solo pertenecerá á la historia. Los que habrán muerto contarán á Dios que la sociedad tiembla y se desmorona y los que quedamos contaremos al empezar el año 62 los engaños del año 61.

Quedan pocas horas y sin embargo ellas son suficientes para decir al año que viene: «Serás año de lágrimas si no eres mas moral que el año que se va.....»

El Director General,
José Amores.

CAUSAS DE LOS ERRORES FILOSÓFICOS.

(*Conclusion.*)

Hemos visto en nuestro primer artículo, que una de las causas que mas contribuyen á desviar los trabajos filosóficos del camino de la verdad, estriba en la tendencia á una generalizacion exagerada y á la síntesis absoluta y universal. Con esta tendencia se combina la pretension de originalidad, el anhelo por llamar la atencion, por adquirir un nombre ilustre y conquistar un lugar distinguido en la historia de los conocimientos humanos. Estos sentimientos, aunque debemos reconocerlos como móviles poderosos y á veces legítimos de la actividad humana, en filosofía pueden ser doblemente funestos.

¿Quién al recorrer la série de los encontrados sistemas filosóficos, no se siente inclinado á buscar una solucion que pueda satisfacer su espíritu, á menos que desde el principio de sus estudios se haya dejado llevar por el entusiasmo á favor de una escuela determinada? ¿Quién no esperimenta la ambicion de llenar todos los vacíos de la enseñanza de sus predecesores, ó de depurar el oro de la verdad de todas las materias heterogéneas con que se halla mezclado en los innumerables sistemas, constituyendo asi un electismo universal? ¿Quién, viendo la encantadora armonía, y la unidad admirable que reina en todas las obras de la creacion, no presiente tambien una unidad perfecta en el órden de las ideas, aspirando al hallazgo de esa piedra filosofal que le ha de dar la esplicacion de todas las cosas? ¿A quién no conmueve el eco de la fama y el grato murmullo de la opinion?

Tales son las aspiraciones filosóficas en sus variadas manifestaciones. El hombre que se dedica al exámen de las cuestiones importantes de filosofía, sino le ha sojuzgado alguno de los sistemas que halla ya formulados, busca como contentar su espíritu

© Biblioteca Nacional de España

por medio del eclectismo, ó ideando una teoría original que de seguro le dejará mas satisfecho, por que agradan mas, y parecen mas verdaderas y exactas las ideas propias que las agenas.

De ahí toman orígen esas creaciones fantásticas, esos sueños de la inteligencia, partos de la imaginacion, que reciben el nombre de filosóficos y trascendentales, porque se valen sus autores de la nomenclatura filosófica, y porque tienen la pretension de esplicar todas las leyes fundamentales del espíritu y del mundo. No es el deseo puro de saber lo que les alienta, es el prurito de ser originales, de llamar la atencion de sus contemporáneos con especulaciones profundas y atrevidas, para atraer así gran número de adeptos y admiradores.

Tal es nuestro juicio sobre una gran parte de las elucubraciones alemanas, y de las filosófico-político sociales de los franceses. Estamos persuadidos, que la mayor parte de sus autores se reirian de los sistemas que presentan como el *non plus ultra* de la ciencia, si no fuesen parto de su ingenio; si en ello no estuviera interesado su amor propio. Mas, ¿cómo no acariciar nuestras obras que nos han costado á veces largos trabajos y vigilias? Por otra parte, son concepciones tan ingeniosas, y presentadas con un atractivo que las hace tan interesantes, que para no adherirse á ellas se requiere un espíritu que esté acostumbrado á no ceder si no á la severa voz de la verdad.

Necesario es que el filósofo tenga por móvil el amor de lo verdadero. Reconocemos que con este amor pueden combinarse otros motivos legítimos y laudables, como por ejemplo, el deseo de ser útil á sus semejantes, la destruccion completa de doctrinas abiertamente opuestas al buen sentido, inmorales, irreligiosas ó perjudiciales á la sociedad; pero aun cuando esos fines pueden ser causa ocasional de los estudios y trabajos filosóficos, no deben dominar el ánimo de tal suerte, que para refutar las doctrinas exageradas en un sentido caigamos en las exageraciones opuestas, como ha sucedido en una gran parte de los que han tratado de combatir las ideas que han juzgado falsas ó nocivas.

Al pensador que se precia de tal debe dominarle una sola pasion, la de hallar la verdad sin torcerla ni desvirtuarla para producir efecto, ó para anonadar mas á su placer á los adversarios: los otros fines los conseguirá mas eficazmente y sin peligro, investigando y discutiendo con serenidad y con aplomo, que dejándose llevar de la pasion, que por noble que sea es siempre mala consejera. Por no atender á estas reglas del buen criterio, algunos impugnadores de Hume, á trueque de destruir el escepticismo han venido á caer en el dogmatismo mas absoluto y arbitrario, y los supernaturalistas contemporáneos, con el laudable objeto de vindicar los fueros de la verdad revelada, han conculcado los derechos legítimos de la razon.

Si rechazamos como causa de muy graves errores en los trabajos filosóficos la preponderancia de ciertas afecciones, por otra parte recomendables en sí mismas, con mucho mayor motivo debemos levantar nuestra débil voz con ocasion de otra clase de móviles menos disculpables, por no llamarlos criminales. Hay sentimientos que aun cuando ocasionalmente pueden desviar al hombre de la verdad, no dejan de ennoblecerle, por cuanto manifiestan la elevacion de su espíritu; mas hay otros que le degradan, que á sabiendas le apartan de lo verdadero, que tienden nada menos que á infiltrar en las inteligencias el error conocido por sus autores, introduciendo el caos en la ciencia y el desórden en la sociedad. Sofistas que aguzan su ingenio para aniquilar todas las doctrinas, que, proclamándose los últimos restauradores de la humanidad, aspiran á zapar los fundamentos de la ciencia y del órden, que no reparan en absurdos, en suposiciones gratuitas, y en invenciones sin fundamento, con tal que puedan conseguir su objeto, y cumplir su mision de destructores, mision por cierto nada envidiable.

Nuestros lectores podrán ya presumir contra quienes se dirigen esas acusaciones. Por mucho que nos esforcemos, jamás podremos colocar en el rango de los filósofos á los enciclopedistas del siglo XVIII, y á muchos de los que se glorian con el nombre de tales en la presente generacion, no porque hayan errado, que esto es propio de la humana naturaleza, si no por que sus fines han sido torcidos, sus móviles indignos del sabio, y hasta del hombre honrado, y sus trabajos ninguna cualidad presentan de las que distinguen á los filosóficos.

No puede juzgarse de intenciones; pero no podemos dejar de verlas cuando estas se manifiestan claramente. El filósofo puede errar; pero tiene principios, es consecuente por lo general, presenta unidad en sus ideas, discurre con serenidad, y aun sus mismos errores ofrecen cierto embeleso y atractivo, porque las obras de la inteligencia son agradables por sí mismas, aun prescindiendo de su valor, ó de la verdad que encierran. Pero en los escritores á quienes nos referimos en vano iremos en busca de los principios; por mas que nos esforcemos no podemos hallar el hilo del raciocinio seguido y consecuente, ni el análisis concienzudo; pues lejos de brillar la unidad y claridad en sus doctrinas, nos sentimos agitados por la contínua oposicion de ideas, perdemos el tino, y andamos á la aventura palpando tinieblas.

Cuando en una página se estampan dignas protestas desmentidas y ridiculizadas en la siguiente; cuando la versatilidad y contradiccion reinan en un es-

© Biblioteca Nacional de España

crito; cuando presenciamos que sus autores pretenden derrocar con argucias y sutilezas de mal género, no solo los dogmas de nuestra fé sino tambien las máximas eternas de moral y los sentimientos de que se precia todo hombre honrado, creemos poder afirmar sin miedo de equivocarnos, que sus intenciones son detestables, que lejos de dominarles el espíritu de la verdad están reñidos con ella, que escriben y hablan bajo el influjo de pasiones rastreras, abusando torpemente para el error y el mal de las aventajadas disposiciones de que la Providencia les dotó para la verdad y el bien.

Contra tales desvaríos es inútil dar reglas de método, porque no provienen de defecto en la inteligencia, si no de vicio en la voluntad. No nos queda otro recurso que entregarlos á la crítica de las generaciones presentes y venideras, advertir que los que se dejan arrastrar por fines mezquinos se degradan, por mas que su talento sea privilegiado, y recordar la necesidad de una conciencia pura y de rectas intenciones, si aspiramos á conseguir resultados sólidos y positivos en la investigacion de la verdad.

PEDRO MARTIR PUJALT.

MÚSICA.

ESCELENCIAS DEL CANTO Y SU ESPRESION.

(*Conclusion*)

En cuanto á la espresion del canto, no hay regla mas segura que la de cantar con gusto y sentimiento del alma. Para esto, lo primero que tiene que hacer el cantor, es penetrarse bien de lo que va á cantar, procurando tener grande conocimiento del sentido de la letra, á fin de darle mas espresion, porque no se canta solo para cantar, sino para decir alguna cosa. Así que debe poner el cantor todo su cuidado y diligencia en espresar bien las diferentes pasiones del alma, porque ellas hacen mover á los fieles á la devocion: por eso decia san Agustin: *Vox cantoris fervor est sancti amoris*. Aunque el buen sentido dicta que se cante segun las inflexiones de la voz dirigida por el arte, no será fuera del caso el advertir que deben eliminarse de la espresion del canto las gesticulaciones, contorsiones y movimientos irregulares, que si pueden tolerarse en los teatros, no pueden consentirse en los templos. Basta, pues, espresar lo que se canta con naturalidad, por espresiones diferentes de la voz. Estas consisten en dar á los sonidos mas ó menos fuerza, haciéndolos unas veces dulces y tiernos, y otras fuertes y duros, segun el carácter y sentido de la letra. La espresion debe ser con verdad, segun se siente en el corazon, y á esto es á lo que queremos se atengan los cantores. A este propósito dice con razon Larramendi, que la espresion es un don de la naturaleza insuperable por el arte. Este podrá esplicar y dirigir, pero no crear y hacer lo que es propio de la naturaleza. Un hombre frio podrá llegar á ser un hábil cantor, pero jamás será espresivo. Un buen cantor debe poseer cinco cualidades, que son: voz sonora é igual, sensibilidad profunda, espresion y gusto esquisito, instruccion perfecta, y los órganos auditivos muy ejercitados, finos y delicados.

Concluimos esta materia recomendando la modestia y compostura del cuerpo, para que armonizadas y en perfecta consonancia con las virtudes, formen la Música espiritual, que tanto conduce á la perfeccion de la material y sensible que nos ocupa. El buen cantor y el verdadero músico no solo han de ser vigilantes en cantar, componer y ordenar la Música de las Misas, himnos y demas, sino que tambien deben esmerarse en realizar la Música espiritual, purificando sus almas y alegrándolas con la Música divina, para poder decir con el salmista: *Cantabiles mihi erant justificationes tuæ in omni loco peregrinationes tuæ.*

Sesion pública de la Sociedad económica de Amigos del Pais.—Continuacion.

en tal ocasion, aquel hubiera inevitablemente perecido. Tambien en julio último, libertó Mercader de una muerte segura á dos niños de 7 años el uno y de 5 el otro, que se ahogaban en el fuerte de Ferrer, en Vallvidrera. El año próximo pasado obtuvo tambien premio de esta Económica por otra accion meritoria diferente de las indicadas.

Se adjudicaron tres accesit de 1,000 rs. vn. cada uno en nombre de la Excma. Diputacion provincial, á Jaime Casanovas, vecino de Tarragona, á Martin Marqués y Pedro Baqué, vecinos estos de Llerona.

Al volcar un dia la galera de Vich en el rio Congost, mientras las aguas de este crecian estraordinariamente, los tres mozos de labranza Casanovas, Marqués y Baqué, despreciando su propia vida, logrando con sus esfuerzos salvar á 16 pasajeros de los 19 que iban en el vehículo. Los tres restantes perecieron.

El premio de 2,000 rs. vn., á nombre del excelentísimo Ayuntamiento Constitucional de esta ciudad, se concedió á Juan Oliver y Pons, habitante en la calle de Amargós, n.° 8, piso 4.° Este virtuoso sujeto, habiéndole hecho perder su ocupacion de mayordomo de fábrica sus achaques y acerbos dolores, que le impedian salir de su reducida habita-

© Biblioteca Nacional de España

cion, se dedica á la tarea de construir marcos de madera para cuadros, empleando en esta faena todo el dia y hasta altas horas de la noche, á fin de atender á su subsistencia, antes que pedir limosna.

Se adjudicó un accesit de 1,000 rs. vn., á nombre de la Sociedad Económica, á Jorge Vicens y Coll, jornalero, vecino de Tagamanent, quien, acometido de un agudo dolor reumático general, que le ha dejado toda la parte superior inclinada, imposibilitándole de todo punto, hace seis años, para la ocupacion habitual de mozo de labranza, jamás ha acudido á la caridad pública para atender á su subsistencia. Actualmente se ocupa en guardar las aves de corral del manso Vilardebó, dedicándose tambien á enseñar á leer á los niños pequeñuelos de las inmediaciones.

Otro premio de 2,000 rs. vn, tambien á nombre del Excmo. Ayuntamiento Constitucional, se concedió á Pedro Baqué, vecino de la Garriga, partido de Granollers, que treinta años hace que sirve de mozo de labranza á D. Tomás Bosch, habiendo merecido por su honradez y lealtad, por su conducta intachable y esmerado comportamiento, el mas alto aprecio de sus amos y de cuantos le tratan. Durante la última guerra civil, una cuadrilla de malhechores arrancó de la casa paterna á D. Francisco Bosch, hijo primogénito de D. Tomás. El mozo Pedro Baqué, sobreponiéndose á los temores que naturalmente le infundian aquellos malvados, siguió decidido á la partida que se llevaba al hijo de su amo, y se unió á ella con el propósito generoso é irrevocable ó de salvarle ó de lograr su misma suerte. Durante seis dias sufrió Baqué sin intimidarse ni abatirse los golpes, las heridas y las amenazas de muerte que le causaron aquellos foragidos, que pedian 13,000 libras para el rescate. Empero Pedro Baqué, sereno siempre é imperturbable, observador constante de todos los movimientos y de todas las acciones de los criminales, logró por fin evadirse y llevarse consigo á su jóven amo, salvándole de la muerte segura y cruel á que estaba destinado.

Se adjudicó un premio de 1,000 rs. vn., á nombre de la Sociedad Económica, á la trabajadora María Sauri, vecina de esta ciudad, que con una constancia admirable, sin desatender sus obligaciones, deposita previsora en la Caja de ahorros de esta ciudad las cantidades que puede economizar de su reducido jornal.

Se adjudicó un premio de 3,000 rs. vn., á nombre y del peculio particular de los individuos de la Junta de gobierno de la Sociedad Catalana general de Crédito, á Mariano Bertran, vecino de esta ciudad, honrado trabajador, que ha dado siempre las mas relevantes pruebas de infatigable laboriosidad, resignacion y amor á su familia, atendiendo constantemente con el producto de su jornal á la subsistencia de su esposa, cinco hijos, su anciana enferma madre y una hermana; sin que hayan quebrantado la generosa resolucion de Bertran, ni la repeticion de las graves enfermedades que ha sufrido, ni las pérdidas que ha esperimentado en diversas ocasiones, entre otras en una de las épocas de nuestras disensiones políticas en que la caida de un proyectil en su casa le ocasionó la desaparicion de todo su pequeño pobre ajuar.

Se concedieron 1,000 rs. vn., en nombre de la Sociedad Económica, á José Pujol, vecino de esta ciudad, por haber prestado servicios muy distinguidos en la Compañía de bomberos, de la que es individuo desde su creacion.

«Continuad así, premiados, dijo el Sr. Secretario, *y que vuestros hijos sigan tambien vuestro digno y noble ejemplo Estos son los votos, los deseos y las esperanzas de la Sociedad Económica.*

Un pensamiento mas debe dejar consignado la Económica al concluir. Hace seis años que anunció esta Sociedad el generoso y civilizador pensamiento de honra, gloria y premio á la virtud de la clase obrera. La populosa y culta Barcelona le acogió con aplauso general, y siguiendo su ejemplo, Málaga, Granada, Badajoz, Toledo, Madrid, Zaragoza, Valencia y otras capitales establecen estos premios ó proyectan su adopcion.

«Ante este hermoso y consolador espectáculo, deber es de esta Sociedad Económica consignar uno de sus mas ardientes deseos, la mas grata de sus aspiraciones.

«Sean los premios á la virtud de la clase jornalera una institucion general en nuestra nacion. Sean otro hermoso lauro del siglo XIX, que consigne la historia con tierna y conmovedora emocion.

El auditorio escuchó con religioso interés y casi siempre con una viva y palpitante emocion, la reseña de los eminentes rasgos de admirable abnegacion descritos á grandes rasgos por el señor Mestre y Cabañes, y mas de una vez los ojos de los oyentes se empaparon en lágrimas, tan dulces y consoladoras, al considerar y apreciar en todo su justo valor esas grandes virtudes inspiradas por el amor y la caridad hácia al prógimo.

Cuando las humildes personas cuyos buenos hechos acaban de hacerse públicos, eran llamados por turno á la mesa de la presidencia y recibian con modesta y ruburosa mano premios tan dignamente merecidos, el público los contemplaba con respetuosa veneracion, y bendecia en ella la mano de la Providencia que los presentaba en tan fausto dia á todas las clases de la sociedad como bellos modelos que por todas ellas deberian ser imitados; como ejemplo vivo de la moral evangélica practicada hasta un grado que raya en heroismo! El público saludaba con mudo pero elocuente silencio á estas bue-

© Biblioteca Nacional de España

nas y honradísimas personas: algunas de ellas se presentaron encanecidas por la edad, otras por efecto de las fatigas de una existencia llena de afanes y cuidados, y otras en fin, que encorvadas bajo el peso de dolencias físicas, necesitaban de ausilio ageno para subir las gradas del estrado: todas ellas esquivaban las curiosas miradas de los concurrentes, porque la modestia es compañera inseparable del verdadero mérito!

SECCION LITERARIA.

EL CIEGO DE VALLADOLID.

(*Continuacion.*)

—¡Pobre niño! murmuró el labriego; todo va á concluir pronto..... ¡Cúmplase la voluntad del Señor!

Y no se engañó.

Dos horas despues, solo quedaba de Tomás Musniel su cuerpo inanimado y frio.

No quiero recordar los pormenores de su muerte; me lastiman el corazon.

Al exhalar su último suspiro, con una mano acercaba el crucifijo á sus labios, mientras tenia la otra abandonada entre las mias

Yo la besaba regándola con mis lágrimas, sin que mi aliento pudiera devolverla el calor perdido.

Pronto cesó de agitarse; un instante despues al acercar mis labios á ella los retiré horrorizado; la muerte la habia convertido en mármol.

Abracé á Tomás llorando; queria volverle á la vida con mis besos, pero la frialdad de aquel cadáver helaba mis caricias.

El miedo empezó á hacerme sentir sus efectos.

Aquella inmovilidad, aquel silencio, cuantos objetos habia en el cuarto mortuorio, adquirian un tinte lúgubre y me estremecian.

Tuve necesidad de salir de aquella habitacion, y me lancé á la puerta, mucho mas pálido que el cadáver.

Al llegar á ella me apoyé en el dintel; las fuerzas me faltaban.

Instintivamente volví la cabeza para contemplar por última vez á Tomás, y mis ojos se encontraron con los suyos.

Opacos, inmóviles, parecian con todo, mirarme con espantosa tenacidad.

No pude resistir mas; prestóme el terror nuevas fuerzas, y eché á correr, siempre perseguido por aquella mirada, fija en la mia.

XI.

Perdido el aliento caí al pié de un árbol.

Respiré con fuerza; necesitaba aire, mucho aire para moderar el ardor de la sangre que me abrasaba.

Cuando pude levantar la cabeza y mirar á mi alrededor todo habia cambiado.

Ya no se divisaba la casa de Musniel ni el lindo huerto que la cercaba; ahora los árboles y el paisage me eran desconocidos.

A algunos pasos estaba Valladolid con sus vetustos edificios, iluminados por un hermoso sol de primavera.

Aquella aparicion hizo brotar nuevo llanto de mis ojos; recordé las palabras de Musniel:

—Mañana iremos á la ciudad.

Quise volver á la casita de Tomás; pero tuve miedo.

Luché un instante con mi terror, pero este fué mas poderoso que mi voluntad.

Entonces me dirigí á Valladolid, humedecidos aun mis ojos.

Una vez dentro la ciudad, olvidé pronto la desgracia que aqui me trajo.

Los paseos, las largas calles, y el inmenso gentío que en trage de fiesta las llenaba, absorvieron mi atencion.

Cuanto veia era nuevo, estraño, y volaba de sorpresa en sorpresa, borrándose la imágen anterior que me dejara absorto, ante otro objeto que por un instante fijaba todos mis sentidos.

Recorriendo las calles sin rumbo fijo, me hallé á la puerta de un grandioso edificio en el cual penetraba mucha gente.

Primero me detuve para verla pasar, despues penetré en el interior impelido por ella.

Me encontraba por primera vez en el templo, y la mansion del Señor se presentaba á mis ojos con toda su magnificencia.

Lucian en el fondo las luces formando una aureóla al rededor de la imágen, y al reflejarse sus rayos en el oro del altar arrancaban chispas de variados y deslumbrantes colores.

Frente á él se destacaban las figuras graves de los celebrantes medio veladas por una nube de incien-

© Biblioteca Nacional de España

so, resonando sus cantos pausados y magestuosos.

A los pies del Señor se postraba un pueblo numeroso, que seguia con el mayor recogimiento las preces del sacerdote.

Y de tanta gente como allí habia, solo se distinguian las confusas sombras, pues una oscuridad dulce y melancólica envolvia lo restante del templo.

Donde estaba el Señor, y se celebraba el acto mas grande de nuestra religion, brillaba el oro, y la luz deslumbraba con sus hermosos fulgores.

Donde se postraba el pueblo, el mundo, solo se veian sombras, oscuridad.

Pero desde allí, podian contemplar á Dios en su grandeza; podian comparar su inmensidad con su pequeñez... ¡Ay! cuántas dulces reflexiones hacen nacer en nuestra alma estos actos tan bellos y sublimes á un tiempo... pero entonces yo era un niño y no comprendia aquello.

Me arrodillé en un apartado rincon, y á pesar mio sentí rodar dos lágrimas por mis mejillas.

Esperimentaba un bienestar indefinible; mi corazon se espansionaba con gran fuerza pareciéndole pequeña su cárcel, pero sus latidos eran acompasados, suaves.

Mi imaginacion reprodujo la imágen de Musniel, y contemplaba ahora con placer á aquel cadáver que antes me aterrorizara.

Su rigidez era la misma; abiertos estaban sus ojos, pero ya su mirar no era espantoso, y aun me parecia que una sonrisa agitaba sus labios.

En aquel momento torrentes de armonía llenaron las naves del templo.

Sonidos suaves al principio y parecidos al murmullo de una fuente; graves despues y luego vibrantes como el zumbido del huracan, agitaban por un momento las fibras mas delicadas, para estrellarse sus ecos contra las bóvedas del santuario.

Yo permanecia arrodillado y absorto; al salir de aquel dulce ensimismamiento las luces se habian apagado; los cantos del sacerdote no resonaban ya, y al soltar el órgano su último suspiro, el pueblo se habia retirado lentamente.

Nadie habia á mi alrededor, y solo de trecho en trecho se divisaba la tenue claridad de alguna lámpara.

XII.

Cuando salí del templo las calles no presentaban la animacion de un momento antes; seria la una y el sol descargaba sobre la ciudad una lluvia de fuego.

Mi estómago desfallecido necesitaba reponerse; no habia comido en todo el dia, y en cambio la fatiga no fué escasa.

A pocos pasos ví una tahona; en una cesta colocada encima el mostrador habia muchos panecillos; entré en la tienda cuyos dueños comerian sin duda, y no salí sin llevarme dos de aquellos panes.

Ignoraba que tal accion se llamara robo; pero debo confesar que la llevé á cabo con bastante recelo, y al verme en la calle mi paso se apresuró.

Habia cometido el primer crímen.

Volví una esquina que encontré, internándome en un callejon sucio y oscuro.

Detras mio entró en el callejon otro muchacho de mi edad, cabellos crespos y revueltos, rostro antipático y vestido de la manera mas andrajosa.

Llevaba unos pantalones de un color indefinible, rasgados y sujetos al cuerpo por un cordel. La camisa completaba su atavio, y por cierto, solo le quedaba una manoja y aun esta colgaba de su brazo en mil caprichosas formas.

Através de sus vestidos era muy fácil ver la carne y musculatura, y se descubria una constitucion robusta, pero atajada ya por el vicio.

El aspecto de aquel chico era repugnante, sus ojos tenian una movilidad sorprendente y podia dar razon de cuanto pasaba al rededor suyo.

Se me acercó con descaro, y cuando me tuvo al alcance de su mano dióme un golpecito en el hombro.

—Buena ha sido la pesca, dijo.

Escondí el pan instintivamente.

—Entre nosotros no hay necesidad de ocultar nada; dame un panecillo y lo comeremos á costa del tahonero, como buenos smigos.

Y sin aguardar contestacion me quitó un pan de las manos y empezó á comer.

—¿De dónde sales? pues tú eres nuevo en Valladolid.

—He llegado esta mañana

—¿Te has largado he?.... Hombre, quiero decir si te has escapado de tu casa, cansado de escuchar los *gruñidos* de tus pabres, añadió el pilluelo al ver que no comprendia su pregunta.

—No tengo padres, contesté.

—¿Ni los has conocido!

—Jamás.

—*¡Dichoso tú! ¡quien pudiera decir otro tanto y me hubiera ahorrado tremendas palizas! El uno* me sacudia de lo lindo desde que amanecia hasta *el anochecer, y mi madre cuando no sabia en que ocuparse me azotaba hasta hacerme saltar sangre..... Pero no hay deuda que no se pague ni plazo que no se cumpla, y ahorcaron á mi padre y á su digna compañera la echaron* á galeras. La cuerda me vengó *cumplidamente*

© Biblioteca Nacional de España

y al pobrete, maldita la gracia que le *hizo*, *pues puso* una cara endiablada al probar el dogal.

Y al concluir estas palabras soltó una estrepitosa carcajada, para celebrar su agudeza.

¡Horrible lenguaje de un niño degradado por el vicio!

XIII.

Le parecerá á V. imposible, D. Cárlos, que un hijo se espresara de tal modo al hablar de sus padres, y que á los seis ó siete años hiciera gala de un cinismo aterrador, repugnante.

Pero este ser era un pilluelo y, por desgracia esta raza no se ha estinguido; cada dia vá en aumento.

Los que tienen padres, desde su mas tierna infancia les pierden el respeto, porque en ellos solo ven el vicio en su mas asquerosa forma; jamás les aman, y en vez de estar mútuamente ligados por el dulce lazo del amor y la religion, solo el temor une el hijo al padre.

Todos los consejos y reprensiones se reducen á un garrote, y con los cardenales que se forman en sus espaldas, brotan en su corazon los primeros gérmenes de estas pasiones bastardas que corroen despues su existencia.

Este lazo de familia se rompe bien pronto, y entonces ambos se separan; el hijo recorre las calles de las ciudades y empieza el aprendizage del crímen, y los padres celebran verse libres del ser que Dios les habia confiado.

Si alguna vez el pilluelo piensa en los autores de sus dias, solo recuerda los malos tratamientos que tan abundantemente le prodigaron; ningun sentimiento noble evoca el recuerdo de sus padres, porque ellos los ahogaron al nacer inculcándoles únicamente el vicio.

El hijo les odia, les teme, y habla de ellos como hablaria de una persona indiferente, buscando siempre una ocasion para emanciparse de su yugo.

Venenosa fué la savia que les nutrió, y venenosos deben ser sus frutos.

Sin medios de subsistencia, el robo es para ellos una necesidad, una costumbre; empiezan robando pan y frutas, concluyen robando dinero y terminan derramondo la sangre de sus hermanos.

El crímen les es familiar; las pasiones predominan con todo su poder, y el instinto embrutece la inteligencia.

Desconocen las verdades de nuestra santa religion; la palabra «Eternidad» nada les dice, y si alguna semilla buena queda en su pecho pronto se pudre entre la crápula y el desórden.

Nada les detiene; solo el miedo de un castigo puede impedirles que cometan el mal.

Y cuando solo el temor es nuestro freno se pierde la nobleza del corazon.

No es estraño que tales hombres sean el azote de la sociedad.

Fueron malos hijos y serán peores padres.

Su vida es un tejido de iniquidades, y en vez de espirar en un lecho rodeado de su familia que llora su pérdida, concluyen sus dias en un cadalso, fijas en él las miradas de un pueblo horrorizado de sus crímenes.

La sociedad arroja de sí este miembro dañino que tanto la ha perjudicado, y, sin embargo, podria preguntarse ¿cuál de los dos es el mas culpable? ¿la sociedad ó el criminal?

El ha asesinado; sus manos están manchadas de sangre y su presencia arrancó llantos, cubrió de luto el corazon.

Pero la sociedad miró indiferente crecer al criminal, y sabiendo que el pilluelo se trocaria mas tarde en asesino, no corrigió sus perversos instintos cuando aun era tiempo; no se tomó el trabajo de recojerle y darle la educacion que tanta falta le hacia; pudiendo hacer de aquel niño abandonado un buen ciudadano, por su neglijencia hizo de él un heredero de la horca.

Despues, castiga lo que no supo precaver estando en su mano el hacerlo.

No olvide V. que yo tambien he sido un pilluelo, por eso me espreso así.

En la ciudad todo el mundo nos señalaba con el dedo; y muchas veces nos decian al pasar.

—Dareis mucho que hacer al verdugo.

Y por desgracia el tiempo no les desmintió; cuatro de mis compañeros espiraron en el cadalso, los demás murieron alevosamente ó arrastran la cadena, y yo, ciego, no se si podré comer mañana; pero bendigo al Señor, porque al cerrarme los ojos del cuerpo me abrió los del alma.

(*Se continuará*).

Todo lo que antecede FIRMADO Y NO FIRMADO sale bajo la total responsabilidad del E. R. *Jaime Jepús*.

Barcelona. — Imprenta de Jaime Jepús, calle de Petritxol, núm. 14, principal.—1862.

© Biblioteca Nacional de España